



CIUDAD, CRISIS Y APEGOS. EL CINE COMO DISIPADOR DE MIEDOS¹

City, crisis and attachment. Cinema as a fear trigger

Lisset Anahí Jiménez Estudillo

Universidad Autónoma de Nayarit

ORCID: <https://orcid.org/0009-0003-2180-0605>

E-mail: 21000445@uan.edu.mx

Carlos Enrique Flores-Rodríguez

Universidad Autónoma de Nayarit

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0456-5378>

E-mail: carlos.flores@uan.edu.mx

Trabalho enviado em 6 de junho de 2024 e aceito em 19 de novembro de 2024



This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License.

¹ Este artículo se desprende de un proyecto de investigación de mayor alcance financiado por el Conahcyt: Ciencia de Frontera; Proyecto nº CF-2023-I-1318.



RESUMEN

Previo a la vacuna por COVID-19, las ciudades vivirían un estado de incertidumbre y miedo. Este suceso, y al tener como medida sanitaria el confinamiento, haría que la Vida Cotidiana se interrumpiera por una emergencia que, aunque fue de escala mundial y se proyectara en *lo público*, contrariamente se recurriera a lo individual y se respondiera desde *lo privado* buscando equilibrar aquello que se interpretaba como adverso social y emocionalmente. Este artículo reflexiona sobre ello. Desde una postura hermenéutica, y bajo la Teoría de los Apegos y la Teoría de Crisis, se utilizan técnicas y herramientas etnográficas para entender y explicar esta realidad observada.

Tomando como caso de estudio al cine Nayarlab de la ciudad de Tepic del occidente de México, esta crisis revelaría dos paradojas. Una, que si bien los apegos vulneran, también brindan certidumbre y; dos, que si bien los espacios públicos de la ciudad estuvieron prohibidos, se mostraron como un eficiente disipador del miedo. En ambos sentidos, se revela asimismo que este cine en particular, como lugar y ritual de afectividades, por su proximidad y escala, aún en la clandestinidad, se convertiría en un auspiciador de los cuatro apegos más socorridos para compensar emocionalmente cualquier catástrofe.

Palabras clave: pandemia, afectividades, modos de vida, disrupción, vínculo

ABSTRACT

Before the COVID-19 vaccine, cities experienced a state of uncertainty and fear. This event, and having the health measure of confinement, would cause Daily Life to be interrupted by an emergency, which, although it was on a global scale and projected to the public, it was contradictorily resorted to the individual and was answered by the private seeking to balance that which was interpreted as socially and emotionally adverse. This article reflects on it. From a hermeneutic posture, and by the Attachment Theory as well as crisis Theory, ethnographic techniques and tools are used to understand and explain this observed reality.

Taking Nayarlab Cinema in the city of Tepic in western Mexico as a case of study, this crisis would reveal two paradoxes. One, that although attachments make you vulnerable, they also provide certainty and; two, that although public spaces in the city were prohibited, they were shown to be an efficient fear dissipator. In both senses, it is also revealed that this particular cinema, as a place and ritual of affection, due to its proximity and scale, even in hiding, would become a sponsor of the four most assisted attachments to emotionally compensate for any catastrophe.

Keywords: Pandemic, affectivity, ways of living, disruption, links

INTRODUCCIÓN

Toda catástrofe, natural, biológica o social, puede alterar la realidad del mundo y de sus sociedades. En la reciente pandemia por COVID-19, la Vida Cotidiana (VC) de las ciudades se vio amenazada al poner en tensión la salud física y la salud emocional de su población, en donde,



conjuntamente, la dimensión del binomio público-privado se haría presente. Caracterizando a este periodo como un momento histórico atípico que desestabilizó lo que se consideraba hasta ese momento como ordinario, puso en juego la capacidad de respuesta de la humanidad para sobrevivir a un estado de crisis donde la proximidad con el otro representaba un peligro, pero, paradójicamente también supervivencia.

En México, previo a la vacuna, una de las principales medidas sanitarias sería el confinamiento. Ante esto, los espacios para *lo público*, donde se desarrollaba hasta ese momento gran parte de la vida organizacional y de ocio de las ciudades, fueron sustituidos por espacios, además de virtuales, privados, en específico las casas. Si bien es cierto que hubo personas que no pudieron frenar el salir a la calle, también es verdad que otra parte de la población tuvo que mantenerse en un encierro incierto, privándose del contacto con personas, lugares y objetos, además de alterar sus cotidianas rutinas. Ante el miedo que esta crisis ocasionaba, las personas hubieron de recurrir a mecanismos de defensa con el fin de regular sus emociones y compensar sus pérdidas, en los que los vínculos de apego serían vitales.

Además de la premisa de que todo peligro, real o ficticio, es una interpretación personal, este artículo parte de que el apego, así como vulnera también puede mantenernos a salvo y; de que los espacios para *lo público*, como los cines, suelen ser disipadores del miedo ante el peligro. En ese sentido, estudiar una realidad compleja y atípica, como lo es el periodo de contingencia por Coronavirus, orilló a recurrir, tanto a distintos campos disciplinares, entre ellos la psicología ambiental, geografía humana, antropología y sociología, como a dos teorías que se muestran complementarias: la Teoría de crisis y la Teoría del apego.

Junto a la investigación documental y la observación, se utiliza el método etnográfico, en particular entrevistas semiestructuradas a ocho informantes clave que, de octubre a diciembre del 2020, la etapa de mayor miedo e incertidumbre, fueron asiduos a Nayarlab, un cine de barrio ubicado en el centro de la capital del estado de Nayarit. Tales informantes se distinguieron en dos tipos. Aquellos que interrumpieron su asistencia por un tiempo prolongado; y aquellos que, contrariamente, no dejaron de hacerlo, y quienes, a su vez, mostrarían comportamientos determinados, entre ellos, el permanecer toda una tarde en la sala de cine, o bien, asistir durante días consecutivos. El rango de edad es de 19 a 51 años; cuatro son mujeres y los otros cuatro varones. Cada sujeto reside en una zona diferente de la ciudad y tiene distintos estudios, oficios y *hobbies*. La mayoría asistió en días y horarios, así como en exhibiciones diferenciadas; sin embargo, compartieron un rasgo, y es que, aunque también lo hicieron con pareja, amistades y/o familiares, lo más común era concurrir en solitario.

El texto se divide en cuatro apartados. En el primero, el de la teoría, contiene igualmente cuatro subapartados; ahí se establece que toda catástrofe, al entrar en el plano de las representaciones sociales



(FEIERSTEIN, 2021), puede verse desde dos teorías. La del apego, (BOWLBY, 2009), que asevera que necesitamos un vínculo estrecho (con personas, lugares, objetos y rutinas) basado en la proximidad y la repetición con el fin de protegernos y; la de la crisis, la cual considera a un suceso de esta naturaleza como un periodo temporal el cual, para sortearlo, puede requerir de un auxilio externo en diferentes esferas de proximidad (SLAIKEU, 2000). En el segundo se aborda la pandemia por COVID-19 en México, para luego referirse a la ciudad de Tepic, en el estado occidental de Nayarit, y sus espacios para *lo público*, en particular salas cinematográficas como lo es Nayarlab. La tercera parte, la empírica, refiere a aquellos fragmentos de las entrevistas que permitieron establecer las discusiones-conclusiones del apartado final.

CRISIS: LOS MECANISMOS DE DEFENSA

Toda *crisis* se entiende como un quebranto a la capacidad para resolver o manejar un problema por sí solo, por lo que requerirá de un auxilio externo para recuperar el equilibrio perdido. Por lo mismo, óptimamente refiere a una etapa temporal, así que se trataría de un evento liminar debido a que conduciría a un estado de organización posterior, lo cual dependerá de tres factores. 1) Al que esa ayuda o apoyo externo esté disponible, 2) al tipo de evento o suceso perturbador que la precipita y, 3) de los recursos o la dotación personal con que cuenta quien la vive o la interpreta. Contrariamente, una crisis mal atendida habría buscado el equilibrio con formas que van, desde salidas de escape o de evasión, hasta un daño emocional o físico, autoinfligido o a quienes le rodean (SLAIKEU, 2000).

Lo que sí es invariable es que, en todo momento de crisis individual, o de incertidumbre de ruptura de la VC de cualquier sociedad, surge el miedo. Ante toda inseguridad, nos recuerda Huesca (2021) que, además de la ira, el miedo es, por instintivo, una emoción vital debido a que se relaciona con la supervivencia. Sin embargo, aquello que se percibe como una amenaza, así sea imaginada, dice Feierstein (2021) que no deja de ser una representación de una realidad, la cual se interpreta -y se enfrenta- desde tres esferas, en la que la emocional, no sólo estaría presente, sino que primaría o influiría en la cognitiva y en la ético-moral, mostrando así un entramado de relaciones complejas entre este plano y el de las representaciones sociales.

Justamente en una situación de peligro, el ser humano es incapaz de procesar todo lo que le acontece, y en un contexto de abstracciones de la catástrofe, buscará siempre equilibrar emocionalmente lo que le es hostil. De acuerdo con Feierstein (2021) y Páez (2021), dentro del psicoanálisis, a Freud se le atribuye la identificación de estos equilibrios como una necesidad. Los individuos, al no lograr lidiar con la adversidad de la realidad, los utilizarían para proteger al “aparato psíquico de estímulos cuya magnitud podría superar [su] capacidad de procesamiento” (FEIERSTEIN, 2021, p. 100). Estos mecanismos de



protección o de defensa, al ser una respuesta inconsciente e inevitable, los convierte en ambivalentes. Igual pueden ser una reacción adaptativa que ayuda a continuar funcionalmente en el plano social, o igual pueden llegar a interferir en la capacidad de acción convirtiéndose, solo por eso, en un problema.

El año 2020 puso a prueba a la humanidad su capacidad de cuidado, pulsión y autodestrucción. El riesgo de muerte por emergencia sanitaria por COVID-19, llevó a la implementación de diversas medidas, entre las que se encontraba el confinamiento. Hacer frente al virus exigía replegarse al espacio íntimo (la casa) y entrar en una cuarentena que obligaba a desprenderse y distanciarse de todo lo que hasta ese momento se conocía como cotidiano para entrar a una “nueva normalidad” que, en su momento, fue indefinida e intermitente, además de caótica y alarmante. Identificada ya como un periodo de sufrimiento que alteró al mundo entero, contrariamente la manera de interpretarla o de afrontarla sería individual (DEL CAMPO, 2021), debido a que estaría embebida de la esfera emocional, en la que los referidos mecanismos adaptativos no estarían ausentes.

El aludido psicoanálisis ha logrado identificar y caracterizar una amplia gama de estos mecanismos. La negación, las compras compulsivas, el cometimiento de actos impensables, la religiosidad popular, así como la exacerbación de las afectividades y apegos, serían algunas de las reacciones compensatorias más comunes; aunque, al depender de cada psique y de cada circunstancia, así como por su capacidad de operar tanto a nivel individual como social, los haría tan variables como dinámicos, sin embargo, a decir de Feierstein (2021), cuando son producto de eventos traumáticos sociales, o de situaciones de peligro colectivo, como una guerra o, precisamente, una pandemia, es que estas emociones suceden o, mejor dicho, se intensifican, complejizando aún más el fenómeno.

En ese panorama, habría reacciones, eventos y aspectos semejantes, aunque la diversidad de la sociedad y de las culturas, haría que, como se ha dicho, la pandemia se enfrente, signifique y se viva de manera diferenciada (SALAS Y PÉREZ, 2023). Estas reacciones e interpretaciones singulares, en el mejor de los casos, servirían para que las personas pudieran refugiarse y adaptarse a este emergente Estilo de Vida. No obstante, otros más, y por distintos tipos de necesidad, continuaron en su cotidianidad asumiendo -conscientes o no-, los riesgos que esto implicaba. De cualquier manera, el miedo y la incertidumbre surgirían como un distintivo acompañado de tales mecanismos de protección y equilibrio emocional, siendo estas reacciones en lo particular, lo que nos distinguiría del resto del mundo, definiéndonos como sociedad.

En específico, el confinamiento por cuarentena impactó en múltiples planos, entre ellos el socioafectivo. En un evento de esta magnitud, dice Páez (2021) que emergen igualmente tres tipos de realidades: mítica, sensorial y mágica; y, por lo mismo, tres formas de enfrentarla. Cada una tendría su razón de ser, aunque sería la mágica, por su pretendida capacidad para modificar la realidad, una de las



más socorridas. De esta manera, frente a la ansiedad y sensación de peligro, el pensamiento mágico se convierte en una de las actividades de compensación y supervivencia de tipo emocional más recurrentes, pero no es la única. Waldman (2023) nos recuerda que, ante todo, somos seres emocionales, seres afectivos y que, en situación de miedo, instintivamente se recurre no solo a la subjetividad, sino a la referida súbita necesidad de afectividades y apegos.

En ese aspecto, en escenarios de riesgo, o bajo un panorama de aislamiento, se tiende a protegerse no solo de lo que proviene del exterior (el virus), sino también de lo que amenaza o regula nuestra mente (las emociones). El miedo, haría que se busquen acciones impensables para recuperar el equilibrio, recurriendo a cuestiones específicas para sentirse a salvo y seguro (MÉNDEZ, 2021), después de todo, desde siempre, este sentimiento ha hecho que se acuda a toda suerte de artilugios para sustituirlo, esconderlo o eludirlo (THOMAS, 2015) en donde, como seres gregarios y afectivos, además de las creencias y la fe, las afectividades surgen como una forma de protegerse contra el estrés, la soledad, la ansiedad, el miedo o la tristeza; con una excepción, que las afectividades, entendidas como la necesidad del contacto con los demás, pueden colocarse por encima de otras tan básicas como el comer y, por lo mismo, por encima de cualquier otro mecanismo de defensa.

Y es que toda crisis, cierto es que, como se ha planteado, no solo se vive individualmente, sino que también se desarrolla -y se enfrenta- en otros dos contextos: el inmediato, compuesto por la familia, y el de proximidad, compuesto por redes vecinales o colectivos comunitarios. Según la Teoría de Crisis, estas tres esferas formarían un ecosistema en complementariedad en el cual, cuando una denota deficiencia, falla o ausencia, es reemplazada por la siguiente, en ese orden: personal-familiar-proximal. Sin embargo, al ser los contactos o apoyos emocionales externos un factor o de estrés o de resolución, haría de las últimas dos, claves determinantes para sortear o aumentar la posibilidad de sobrevivencia de un individuo en una crisis traumática o evento disruptivo como lo es el pandémico (SLAIKEU, 2000).

Estas interacciones, por otro lado, no se dan en el vacío. Toda interacción humana se da en un espacio, una temporalidad y bajo circunstancias específicas. Este ambiente, que incluye personas, espacios, costumbres y objetos, y que se mueve en las mismas tres escalas y contextos interrelacionados y en codependencia articulada, funcionaría como un soporte esencial de esa ayuda, así sea real o simbólica, influyendo, o bien para reducir sus efectos, o bien para allanar una adaptación (o re-adaptación), a la nueva estabilidad emocional. Dicho de otra manera, la inseguridad de las personas se ve reducida cuando tienen una afectividad o apego a las rutinas de la VC, lo que incluye a los soportes que las posibilitan (RAPOPORT, 2003; MASSEY, 2001). El apego, al ser una condición de todo ser humano, mejoraría así la probabilidad de sobrevivir ante una situación de peligro verdadero o imaginado (PÁEZ, 2021).



DEL APEGO A LAS PERSONAS. EL PRIMER Y VITAL VÍNCULO

Los lazos afectivos son vitales para la supervivencia de un ser humano. A mediados del siglo XX, la neurociencia, la psiquiatría y la psicología, a partir de experimentaciones con primates y de estudios con recién nacidos e infantes, determinaban que, para garantizar el desarrollo del ser humano, resulta más importante la proximidad con otro ser humano que el propio alimento o el sexo, dejando en segundo plano las necesidades biológicas consideradas tradicionalmente como prioritarias². Buscando impulsar cambios institucionales en la salud y la crianza, las investigaciones de la época³ proponían un giro epistémico en Occidente, pues advertían que una persona al nacer establece un vínculo con la madre a través del contacto y del olfato, siendo la repetición de la proximidad lo que termina generando un apego a ella. Advierten además que este primer vínculo es determinante para establecer relaciones afectivas a lo largo de toda su vida.

De acuerdo con la Teoría del Apego propuesta por Bowlby en 1950, una persona con apego (*attachment*) es aquella que está dispuesta a buscar la proximidad y el contacto con una figura específica en circunstancias también específicas, es decir, es la pre-disposición de buscar formas de proximidad con otra persona. Este atributo, al ser persistente, dice el autor que, a pesar de ser lentamente dinámico, no se ve afectado tan fácilmente en el transcurso de la vida de un sujeto. Advierte asimismo que no hay que confundirlo con la *conducta de apego*, la cual considera como “[...] cualquier forma de conducta que tiene como resultado el logro o la conservación de la proximidad con otro individuo claramente identificado al que se considera mejor capacitado para enfrentarse al mundo” (BOWLBY, 2009, p. 40). Es decir, mientras la conducta de apego tendría en sí misma una función utilitaria biologicista de protección, el apego se convierte en una *base segura*, siempre que la figura concreta sea accesible (esté disponible) y sensible, siendo esta seguridad emocional la que le otorgue un alto valor a la relación.

Bowlby (2009) haría así una distinción categorial lingüística entre apego y vínculo afectivo. En lo primero, se parte de que los lazos emocionales íntimos son esenciales en la naturaleza de un ser humano durante todas sus etapas; en ese sentido el apego se genera, hasta cierto punto, de forma voluntaria, estable y bajo la función clave e inicial de protección emocional. Además, considerando que estas formas

² Contradiendo incluso a Maslow (1943) asegura en su herramienta piramidal que son las afectividades las que estarían supeditadas a las necesidades básicas o fisiológicas.

³ Se recomiendan los estudios de: Spitz, R. (1952), *Emotional Deprivation*; Harlow, H. (1958); *The nature of love*; y de, Ainsworth, M. (1970) *Strange situation procedure*.

de comunicación estarían mediadas por el diálogo, en ocasiones toca desarrollar el papel de buscador de cuidados, y en otras tantas el de proveedor, dependiendo las circunstancias. Por su parte el vínculo (*bonding*), es un lazo no siempre estable o duradero que se establece voluntaria o involuntariamente con una persona. Estas relaciones, al darse igual entre pares que con extraños, hace que el ser humano llegue a establecer múltiples vínculos a lo largo de su vida, pero apegos sólo unos cuantos. Es decir, todo apego conlleva un vínculo, pero no todo vínculo genera un apego, aunque este sea su origen.

Por otro lado, el autor advierte que, en la adolescencia y la adultez, estos lazos es común que escapen del seno y la tutela familiar. Llega a reconocer, por ejemplo, que el sexo y el alimento, si bien son importantes para desarrollar apego, no son determinantes; de ahí que la exploración del entorno sea igualmente un componente básico del apego. De acuerdo con lo que propone Bowlby (2009), el ser humano (en cualquier edad) cuando se siente seguro, tiende a explorar lejos de su figura de apego, a la cual regresará cuando sienta la necesidad de proximidad por ansiedad, cansancio, enfermedad, etc.

Por tanto, el concepto *de base segura* es central en esta teoría. Denominado por el autor como *homeostasis fisiológica*, la refiere como aquel sistema que mantiene conexiones con la figura de apego a la distancia, usando métodos de comunicación cada vez más sofisticados. Por lo mismo, existiría a su vez una serie o conjunto de sistemas motivacionales, tales como el sistema del apego, el de la afiliación, de la alimentación, el sistema sexual o el sistema exploratorio (entre otros) los cuales, de acuerdo con Persano (2018), cada uno de ellos implicaría o refiere a un repertorio de conductas cuyo objetivo es satisfacer una necesidad de búsqueda a través de factores emocionales motivadores o detonadores, llegando a converger de forma simultánea o de manera autónoma, y llegando a su vez, a través de ellos, a producir vínculos y, eventualmente, el ansiado apego.

DEL APEGO AL LUGAR. LA APROPIACIÓN DE LOS ESPACIOS

Desde la psicología ambiental y social, así como desde la geografía humana, se considera que las personas pueden llegar a establecer vínculos con los espacios al igual que lo hacen con las personas. Hidalgo (2000) cataloga el *attachment place* como aquella relación que se genera entre los individuos y sus ambientes cotidianos, mismos que, asegura, sucede en tres ámbitos de escala: casa, barrio y ciudad. Este tipo de apego lo desarrollan tanto animales como humanos, generando un lazo afectivo que los empuja a permanecer cercanos a ese sitio en un determinado tiempo y en determinadas circunstancias. Al igual que Bowlby (2009), para la autora, la proximidad sería la característica más sobresaliente, pero no la única; y es que este apego a los lugares, como sucede entre sujetos, se manifiesta en diferentes arquetipos, de los cuales dos son reveladores. Uno, que es bipolar, es decir, seguro-evitativo y; otro, que



es de carácter ansioso, es decir, apremiante; así, mientras el primero es guiado por el bienestar con la intimidad, el segundo por la ansiedad con las relaciones.

Igualmente, el apego al lugar es en realidad un apego social. Para Vidal y Pol (2005), los vínculos que se establecen con los lugares son un constructo social, por lo que categorialmente distinguen conceptos como el espacio simbólico, la identidad y el apego al lugar (*attachment place*); de ahí que, al construir las relaciones de las personas con los espacios, se refuerza el vínculo y el significado con los entornos, aunque ello conlleve, paradójicamente, el fenómeno de la inclusión-exclusión. Aseveran asimismo que serían las experiencias cotidianas que ahí se desarrollan (de forma conjunta o complementaria) lo que construye las nociones sobre el lugar, y que éstas sólo se posibilitan a partir de las emociones y significados que se generan, precisamente, por tales actividades en proximidad. En ese sentido, proponen el concepto de apropiación del lugar, como una visión holística y renovada del de apego al lugar, en donde la cotidianidad y la proximidad, de nuevo, no pueden estar ausentes.

La apropiación, además, se muestra como un mecanismo emocional básico de todo ser humano. Apropiarse es generar significados de lo que tomamos por real; en ese sentido, Vidal y Pol (2005) afirman que, en la interiorización de una praxis humana, las personas se hacen a sí mismas mediante las propias acciones en un contexto sociocultural e histórico determinado. Bajo este esquema, se considera a este fenómeno como un modelo dual basado en la acción-transformación y la identificación simbólica. Pues al transformar los espacios a través de acciones, se van dejando señales y marcas que generan huellas cargadas de significados. Por tanto, el entorno sobre el cual se desarrollan los vínculos de apropiación, deviene en un desarrollo vital dentro de los procesos cognitivos, afectivos, identitarios y relacionales; en otras palabras, y coincidiendo con Massey (2001), el entorno es capaz de explicar -y aplicar- dimensiones del comportamiento que trasciende lo meramente funcional.

Por otro lado, el apego a los lugares genera una dialéctica de la proximidad a través de elementos claves como las emociones, el lugar mismo, los actores, las relaciones sociales y el tiempo. Ellos dicen que ha habido una tendencia de evaluar los vínculos afectivos entre los lugares y las personas, olvidando que existen no sólo niveles, sino patrones o rutinas de apego, las cuales, apoyados del concepto de sentido psicológico de comunidad, sugieren en tres enfoques: satisfacción de la comunidad, relación de la identidad con la vida en la comunidad y, apego a la comunidad. Siendo este último de especial interés porque es ahí donde radica lo afectivo y lo emocional con los lugares; así, cuando se habla de apropiación del lugar, se habla implícitamente del significado, así como la relación con la identidad y el apego; es decir, de lo simbólico, lo identitario y lo emocional.

Entonces, desde esta perspectiva, las acciones y las identificaciones explicarían el apego al lugar vinculado a lo experiencial, lo vivencial y lo cotidiano, por lo que no debe confundirse con una adaptación,



ya que se trata de una aptitud en la que los sentidos hacen posible vivir el espacio. Por eso mismo, esta propuesta de apropiación del lugar contempla tres tipos de acciones: las cotidianas, las orientadas al lugar, y las relativas a los proyectos futuros del lugar. Tomando como modelo al barrio, advierten que la identidad al lugar se da en tres tiempos: identificar el entorno, ser identificado por el entorno e, identificarse con el entorno. Los autores ven este modelo como una herramienta teórica útil para conocer los “síntomas” de las sociedades actuales que enfrentan una reconfiguración de los espacios públicos de las ciudades, en los que el apego se puede dar por arraigo o por exploración. A diferencia del apego entre sujetos, el apego al lugar es también un fenómeno temporal ya que las personas, y el propio lugar, son susceptibles de cambiar a lo largo del tiempo, y con ello, al igual que en la teoría de Bowlby, puede darse el fenómeno contrario, el del desapego.

DEL APEGO A LAS COSAS. LOS OBJETOS Y LOS MUEBLES

Todo momento histórico puede entenderse y definirse a partir de los objetos culturales de su época. Desde la antigüedad, hay registros de que el ser humano se ha valido de herramientas para poder sobrevivir, dejando en claro su capacidad para diseñarlas y utilizarlas, sin embargo, estos artículos suelen trascender lo puramente utilitario adquiriendo, a fuerza de uso y de tiempo, profundos significados impactando en el plano emocional. De acuerdo con Winnicott (2003), estos *fenómenos transicionales* serían más identificables en la infancia, y es que cuando el bebé entra en un estado de angustia por no tener proximidad con su figura de apego, trasladan su afecto a un objeto que lo haga sentir seguro. Este tipo de afecto se considera patológico si el apego perdura más allá de la infancia, convirtiéndose, como lo ha denominado el marxismo, en un fetiche, o sea, el objeto tendría así un valor exacerbado. Ante esto, Rodríguez (2020) dice que la *fetichización* existe también porque satisface necesidades emocionales que generan estímulos o, precisamente, condiciones de seguridad.

El apego a los objetos está determinado igualmente por las etapas etarias. Si bien todo objeto por definición es inerte, es decir, el apego no es recíproco, la psicología social indica que es posible establecer una conducta de apego siempre que se cumplan tres condiciones: el material (que exista), el de la posesión (que esté disponible) y el simbólico (que le sea significativo). De acuerdo con Yuste y González (1998), el apego social y el apego físico a los objetos mantienen similitudes. Y es que ambos se dan de manera natural en el ser humano, ya que establecer lazos afectivos, implica conductas de apego, convirtiéndose en una tendencia durante todo el ciclo de vida; pero también tienen diferencias, el apego físico puede cambiar con mayor facilidad y, aunque no tiene una función biológica, sí puede dar seguridad o brindar placer; aunque muchas veces la intensidad de tal afecto puede verse reducida en la adultez.



Más aún. La posesión de un objeto es exclusiva de la condición humana. Siguiendo el postulado de Yuste y González (1998), se dice que ningún otro animal desarrolla esta noción en la que las funciones de los objetos generan posesión a través de: 1) la función utilitaria, 2) el reflejo de estructuras y dominio social y, 3) una fuente de motivación de afecto.

Al poseer un objeto se entra en los terrenos del dominio y el control. Esto produce seguridad, pero también, como ya se ha advertido, puede llegar a afectar cuando se convierte en fetiche. Además, dicen los autores, que los objetos pueden generar una identificación personal, es decir, puede reconocerse a una persona por un objeto, llegando a definir el “yo”; no importa si son elementos del pasado o del presente, siempre que nos ayuden a comprender nuestra existencia. Esta percepción hacia los objetos y el apego será variable de acuerdo con la edad y el sexo de la persona, y no tanto de otras características como la zona de residencia o el estado civil.

Por lo mismo, este tipo de apego manifiesta dinamismo dependiendo el ciclo de vida de una persona. Los referidos Yuste y González (1998), infieren que tanto las personas ancianas como los adultos tienen actitudes de apego a los objetos, refutando la idea de que sólo sucedía con los adolescentes e infantes, resultando innovador en su momento por lo poco explorado del tema. De acuerdo a sus resultados, contrario a lo que se pensaba, es en la adultez y la senectud cuando hay una mayor tendencia por generar apego a objetos pertenecientes, sobre todo, a épocas anteriores y relacionadas a recuerdos personales o familiares, advirtiéndose que aunque hay un margen de error con lo que se recuerda, lo que importa son los lazos estrechos que detonan; en ambas etapas etarias se dará más por la utilidad y el valor del objeto, mientras que en la senectud lo será más por su cualidad y las experiencias afectivas a las cuales permite acceder. Estos cambios pueden ocasionarse o detonarse por al menos tres circunstancias: una emergencia, la búsqueda de tranquilidad o, lo fortuito.

DEL APEGO A LAS RUTINAS. HÁBITOS Y COSTUMBRES

Las rutinas tienen una doble valía, son características al mismo tiempo que caracterizan a un sujeto. Con una propuesta desde la socio-antropología, Juan (2008) dice que las rutinas se constituyen tanto por elementos materiales como simbólicos. Advierte que las rutinas no suceden ni todos los días, ni todo el tiempo, sino que pueden ser pluri-temporales, catalogándolas como (pluri)semanales, (pluri)mensuales, hasta (pluri)anuales, dejando claro que toda rutina echa mano de los objetos culturales pertenecientes a su espacio-tiempo. Para entenderlas propone el concepto de Estilos de Vida, y los define como “[...] el conjunto de actividades que particularizan a cada individuo” (2008, p. 437); este tipo de



actos cotidianos, rutinarios e inconscientes, han sido también explicados por Heller (1987) quien hace una analogía con las huellas digitales: son únicas en cada persona.

Las rutinas, al ser repeticiones que dan sentido a la VC, proporcionan certezas. Ante esto, dice Juan (2008) que tendrían un doble valor. Por un lado, se recurre a ellas para *eficientar* tiempo, tienen un carácter utilitario, pero por otro, se recurre a ellas para obtener seguridades, tienen un carácter emocional. La búsqueda de regularidades o, mejor dicho, la rutinización de la VC es una característica de las sociedades modernas. Éstas son relevantes porque, de acuerdo con Ortega y Gasset (2016), automatizan parte de la conducta, pues son parte de modelos culturales que imponen tradición, por tanto, las acciones rutinizadas liberan al ser humano. Por su parte, para Giddens, las rutinas son inherentes “[...] tanto a la continuidad de la personalidad del agente, al paso que él anda por las sendas de actividades cotidianas, cuanto a las instituciones de la sociedad, que son tales sólo en virtud de su reproducción continuada” (2011, p. 95). Pareciera entonces que, paradójicamente, las rutinas nos liberan de ciertas decisiones, pero también nos encierra en otras, pues se llegan a considerar protocolos de la vida diaria.

Las rutinas son pues la base de la VC. Advierte Juan (2008) que éstas no solo necesitan de la “producción” desde el término marxista, sino también de la capacidad de acción y de las instituciones. En ese sentido, las rutinas son una forma de organizar la realidad espacio-tiempo, aunque, aclara, al final, lo más importante dentro de una rutinización es el reforzamiento de un sistema social, lo cual está lleno de significaciones que juegan en un plano individual y colectivo. En ese sentido, de Certeau (2000, p. 42) reconoce que son estas prácticas “las mil maneras de hacer” que tiene una comunidad, ligándose precisamente con una habitabilidad espacial; esto, a su vez conlleva a generar memorias y vínculos emocionales los cuales están unidos, invariablemente, a un espacio-lugar que funciona como reificación y bajo un modelo cultural vigente, por tanto, los discursos y las rutinas no son, de nuevo, ni estables ni únicas, sino que van cambiando en espacio, en tiempo y, claro está, en circunstancias.

COVID Y CRISIS: CIUDAD Y ESPACIO PÚBLICO

Como se ha planteado, toda interacción requiere un soporte material. La comunidad, lo proximal, ahí se da, no sucede, recurriendo a Massey (2001), en la punta de aguja, por lo que estos soportes, o los promueven o los inhiben, no son inocuos; y en particular los espacios para *lo público* de las ciudades, y recurriendo Johnson (2020), tampoco son el simple escenario donde suceden las cosas, sino que así suceden porque éstos existen y son así, y en esa escala de proximidad, los espacios públicos han funcionado como disipadores del miedo en tiempos de crisis.



Las catástrofes naturales, biológicas y sociales, como sismos, epidemias y guerras, han afectado a la humanidad de manera cíclica poniendo a prueba su capacidad de respuesta. En lo que respecta a las enfermedades contagiosas, como pestes, gripes o viruelas, de acuerdo con Bartra (2022), se ha colocado la curación de los enfermos en la agenda social de cualquier época y cualquier sociedad como una prioridad. Empero, los espacios públicos, en particular los abiertos, como calles, plazas o parques, han sido los que han jugado un papel central, al convertirse de manera provisional en hospitales, comedores, incluso hogares improvisados como medidas solidarias y temporales para atender la emergencia en turno.

En la reciente pandemia por COVID-19, paradójicamente sucedió lo contrario, los espacios para *lo público* se suplieron por los espacios privados en la atención de la crisis. A partir de los brotes epidemiológicos por Coronavirus, desde diciembre del 2019 en Wuhan, China, y su propagación por el mundo, las dinámicas, principalmente urbanas, se vieron fuertemente afectadas por cambios radicales que, de forma inesperada, trastocaron la VC de toda sociedad, modificando, a su vez -bajo la noción de catástrofe- las interacciones entre sujetos, espacios, objetos y rutinas. Ello pondría, al ser el confinamiento una medida para combatir este microorganismo a nivel planetario, la tensión al binomio público-privado, replegando el tiempo organizacional y de ocio al espacio íntimo, y volcando diversas actividades cotidianas a la virtualidad. La propiedad privada, y en especial la desplegada en el espacio cerrado -aún el destinado al ocio-, sería la que salvó a la humanidad (DÍAZ, 2021). Pero no fue el único.

Estas modificaciones a los patrones de comportamiento social serían principalmente evidentes en las ciudades, en *lo público*. Con ello, lo distal y lo proximal cobró connotaciones distintas a las habituales, por lo menos en Occidente. Por ejemplo; estornudar en público, de acuerdo con Espinosa (2021), se volvió una especie de cálculo matemático paranoico, pues según datos oficiales, estar en un rango menor a dos metros de distancia de otras personas significaba mayor probabilidad de contagio. También, de acuerdo con Delgado (2021), ciertos espacios tomaron mayor relevancia que otros, aseverando que eran resultado de acciones concretas a partir de la incertidumbre por el virus, como el efecto dominó en los supermercados con compras compulsivas de, por ejemplo, papel higiénico, o un transporte público vacío, o bien un consumo exacerbado de noticias y memes bajo el resguardo de las casas y las pantallas.

En las ciudades mexicanas, como en las del resto del mundo, el aislamiento social fue una estrategia vigente y fundamental durante el 2020. Días después del primer caso de contagio por Coronavirus, se decretó el 20 de marzo en el país el cierre de oficinas, escuelas, parques, plazas, cines, y todo establecimiento que no se considerará de primera necesidad. En ciudades provincianas como Tepic no fue la excepción. En específico, y ante el cierre de sus espacios públicos de ocio, como salones de fiestas, bares, casinos, etc., emergerían cierto tipo de fenómenos particulares como el que músicos versátiles, mariachis, bandas sinaloense y de rock, entre otros, ocuparan los cruceros de la ciudad como



una forma de sortear la pandemia (WILLARS, 2020); además de manifestarse, -eso sí, con sana distancia-, el 27 de abril en la Plaza Bicentenario (una de las dos plazas emblemáticas de la ciudad) portando trombones, trompetas, tubas, etc.; logrando que, al son de un corrido local, el gobierno en turno se comprometiera a apoyarlos por un corto tiempo.

Y es que, sobre todo en momentos de crisis, la calle se convierte así en el último reducto para construir ciudad. De acuerdo con Flores y Navarrete (2021), la ciudad, a partir de su centralidad funcional y simbólica, se vale del espacio público para construir identidad, memoria y ciudadanía; por tanto, hablar de ciudad es hablar de *lo público*, siendo la calle el espacio público y para *lo público* por definición, puesto que es ahí donde se desarrolla la VC de cualquier colectividad. Quizá por lo mismo, la prohibición de transitarlos no fue impedimento para convertirlas en refugio de las personas que no podían quedarse en casa; de ahí que, en su trabajo sobre La Plaza de la Música durante el encierro por COVID-19, los autores argumentan que tanto las plazas como las calles y parques se transformaron -paradójicamente y aún en la clandestinidad- en lugares seguros y solaces. Sin embargo, no fueron los únicos para disipar las tensiones.

Ante la contingencia, los espacios cerrados de ocio se convirtieron de facto en lugares peligrosos. Ante ello, las protestas para su apertura se darían no sólo por parte de los trabajadores (informales) de las industrias culturales, sino también por los usuarios, en los que los cines estarían incluidos. De acuerdo a la Cámara Nacional de la Industria Cinematográfica (CANACINE), para 2019, México era el cuarto país en el mundo que más iba al cine, eso podría explicar el porqué los habitantes en Tepic, ante el rumor de que la cadena Cinemex anunciaba su posible cierre definitivo, hicieron manifestaciones digitales, solicitando a la empresa que no cerrara sus salas en la entidad; o bien que, los usuarios habituales de Nayarlab⁴, la única sala independiente en el estado, realizaran compras anticipadas de boletos o hicieran donativos para que la pantalla no claudicara. Durante la pandemia, y recién se permitió el regreso a este tipo de actividades, los recintos cinematográficos serían los más demandados, evidenciando que, aquellos espacios públicos, incluso los de administración y gestión privada o mixta, seguían siendo vitales aún -y quizá por ello- en emergencia.

ENTRE EVASIÓN, REFUGIO Y APEGO. EL CINE COMO HISTORIAS

⁴ Atendiendo la propuesta de Rosas (2017), así como la Alfaro y Ochoa (2020), Nayarlab pertenece a la cuarta y más reciente etapa del cine, la de los “escenarios emergentes”. Esta etapa contemporánea, según estos autores, se distingue -o atiende-, además, por el espacio y soporte de exhibición, la distribución y, sobre todo, por los hábitos de consumo.



A cada persona la define su Estilo de Vida. Karina (51 años) es jubilada, escritora y alfarera, se transporta en bicicleta y vive sola con sus mascotas; Fernando (35 años) truncó sus estudios universitarios y tiene un negocio de comida, práctica surf y vive en casa de sus padres, al igual que Elena (35 años) quien es docente a nivel preparatoria y hace deporte desde pequeña; por su parte Jesús (48 años) es abogado, práctica terapias holísticas, es papá y vive en pareja con su segundo matrimonio; a su vez Noel (19 años) es estudiante de cine, trabaja los fines de semana en el negocio familiar y vive con su mamá desde pequeño a raíz de la separación de los padres; por su parte Saraí (46 años) es ama de casa, tiene dos hijos y es divorciada; Celeste (22 años) estudia derecho, es feminista y desde que recuerda vive con su mamá en casa de los abuelos; por último, Osvaldo (35 años) es contador, tiene dos trabajos, es papá pero vive con su familia nuclear.

Cuando la pandemia llegó a Tepic, cada persona entrevistada ya era usuario frecuente de Nayarlab. El 20 de marzo del 2020, las autoridades estatales clausuraron las instalaciones del recinto de forma indefinida, y a partir de ese momento, *ir al cine*, como todas las actividades en los espacios públicos, se vieron interrumpidas por la alerta sanitaria, imposibilitando asistir a las salas de cine o cualquier otro sitio que no se considerara de primera necesidad. En ese sentido, parar de forma inesperada lo cotidiano desestabilizó, generando, sí reacciones diferenciadas, pero otras tantas similares donde el cine, como cualquier espacio de encuentro, se convirtió en un lugar de anhelo y añoranza los siguientes siete meses de encierro.

En los primeros meses de cuarentena, en mayor o menor intensidad, ya sean viejos o emergentes, aislados o en conjunto, los sujetos manifiestan los cuatro tipos de apegos que establece la Teoría de Crisis. Estos vínculos con personas, lugares, objetos y rutinas, además, se darían no solo en la esfera inmediata, que incluye lo individual y familiar, sino en la de proximidad (colectiva), evidenciando los mecanismos de defensa a los que hubieron de recurrir para compensar su desequilibrio socioemocional.

APEGO A LAS PERSONAS

Las personas recurrieron a sus redes de apoyo más cercanas para sortear la pandemia, en donde la familia jugó un papel fundamental. Todas las personas entrevistadas declararon, de distintas maneras, sentirse más próximos a ellos, además de haber pasado más tiempo con sus familiares durante ese periodo de emergencia, aun aquellos que no vivían en la misma casa.

[Regresé a Tepic] y todo era bien raro, porque no podía ver a nadie. Llegué a mi casa y me encerré. Y no volví a ver a nadie. O sea, sólo videollamadas con mi mamá. Mi mamá



me mandaba muchas cosas por mandaditos⁵, y yo también le respondía [...] Me hacía tejidos, me hacía comida, me mandaba libros, yo igual. ¡Cómo usé mandaditos en esas fechas! Y con mis hermanas también, videollamadas, mensajes. (KARINA, 2024, información verbal)

Nos hicimos una dinámica de cocinar, nos alternábamos. Cada día alguien se encargaba de la comida y resultó que le echábamos ganas. Como íbamos a cocinar para los demás y veíamos que el otro se había esmerado con su comida, pues había como que cierta expectativa, y pues, fue algo padre, de echarle *feeling* a la cocina. Recuerdo que yo hice una tarta de higos con miel y queso mascarpone [...] fue algo excepcional de la pandemia. (FERNANDO, 2024, información verbal)

A decir verdad, yo no me lo tomaba tan en serio hasta que... mi abuela se infectó y falleció. Entonces... fue ahí cuando... pues fue un golpe; pero al final de cuentas fue una recapitación, pero muy tardía, [porque recapité] el hecho de cuidarme a mí, o sea... no el hecho de cuidarme a mí, sino de cuidar a los que quiero. Cuidar a los que quiero. (NOEL, 2024, información verbal)

Sin embargo, en todos los relatos se evidencia que, sin excepción, tarde o temprano se llegó a un punto donde otros vínculos eran también esenciales para la supervivencia. Pues seguir en contacto con círculos de amistades de forma digital, a través de pantallas y redes sociales, se haría fundamental. Pero no solo eso, para algunos otros, también fue un momento oportuno para conocer nuevas personas o bien reconectar con viejos colegas. Por ejemplo, un tercio del grupo inició una relación amorosa durante los primeros meses de confinamiento.

Yo creo que todos entramos en pánico, pero ya después fue 'mente positiva'. Se me está viniendo a la mente [...] hacíamos videollamadas mis amigas y yo, o sea, ya el contacto con la gente era por una videollamada o todo el tiempo estar chateando, mandándote fotos, mandándote videos. (SARAÍ, 2024, información verbal)

[Lo que más] extrañaba era salir como con mis amigos, con mis amigas, así de, que convivir frente a frente, o que nos quedáramos de ver para tomar un café o ir la casa de alguien por unas chelillas [...] Yo me acuerdo de que el Facebook no lo tenía en mi celular, era como que nada más en la computadora y entonces ya después [en la pandemia] fue así como que, pues lo voy a poner en mi celular, lo descargué; y también whatsapp, empecé a usarlo, a usarlo más también. (ELENA, 2024, información verbal)

En pandemia me reencontré con mi actual esposa. Nosotros estuvimos juntos en la secundaria. Pero en la secundaria, como yo era mega tímido, nunca le hablé. De hecho, no me gustaba ni yo a ella, pero además de eso, no éramos ni amigos ni nada. Sí la ubico porque estábamos en el mismo salón. Entonces, ya en pandemia se crea un grupo [de whatsapp] de la secundaria y pues ahí estaba ella. Empezamos a interactuar. Realmente yo no le prestaba mucha atención, o sea, sí me gustó desde un principio, pero yo no le estaba tirando el rollo, hasta que [...] la invité a salir, a un café. Ella estaba

⁵ Mandaditos Tepic Express, es un servicio de mensajería vía WhatsApp de alcance local.
https://www.facebook.com/MandaditosTepicExpress/?locale=es_LA

paniqueadísima con lo de la pandemia [...] nos casamos en diciembre del 2020. (JÉSUS, 2024, información verbal)

Pero no sólo eso, sino que la mayoría encontró tiempo para ellos mismos. En algunos casos para auto enfocarse, pero en otros para desconectarse.

Sí llegué a renegar mucho por no poder salir, pues me desesperaba, pero, por otro lado, fue un momento para tener un enfoque. En saber qué iba a ser de mí. (NOEL, 2024, información verbal)

En ese momento no, no tenía novia, y no tenía que... estaba también, en general aislado de mis amigos, ellos saben, mis amigos saben que soy medio desentendido de las redes sociales y de contestar; y bueno, ese fue un periodo de más aislamiento, justo en ese momento, estaba desconectado. (FERNANDO, 2024, información verbal)

APEGO AL LUGAR

La casa, aunque de manera diferenciada, se reforzó como un primer refugio. Aunque no es en todos los casos, quedarse en casa durante la pandemia, representaba estar en un lugar seguro. Sin embargo, acá se coincide que, para la mayoría del grupo, la acción de permanecer en el espacio privado fue vista como una medida obligatoria; ello nunca entró en cuestionamiento, puesto que, desde su perspectiva – y salvo una excepción-, era una forma de mantenerse a salvo a sí mismo y a los demás.

[...] realmente yo no lo sentí así, no tenía esta necesidad de que: ‘necesito salir’; creo que pues tengo el privilegio de que mi casa es muy grande entonces nunca me sentí atrapada, nunca me sentí verdaderamente confinada porque pues podía salir al balcón, podía ir al patio, podía salir ahí al taller y sentarme, incluso en el taller a ver carros pasar nomás, a observar porque a veces ni pasaban coches [...] mi casa, honestamente mi casa, mi cuarto específicamente, me gusta mucho. (CELESTE, 2024, información verbal)

Con [él] hablaba mucho. Él me invitaba mucho a salir a caminar al cerro. Y yo, ‘no, no quiero salir’, ni siquiera usé la bicicleta. En esas fechas yo estaba súper encerradísima. Como tengo un jardín más o menos grande, pues ahí me la pasaba jugando con las perras. Yo decía que no me sentía tan encerrada, que me sentía a gusto en mi casa. (KARINA, 2024, información verbal)

[...] en mi casa pues tengo ahí mi refugio, ¿no? [...] pero como se redujeron las funciones a lo estrictamente esencial, en aquellos años si yo trabajaba una hora o dos horas al día era mucho. Entonces imagínate, o sea, me tienes a mí trabajando 24-7 y de repente dos horas y ¡estoy en mi casa! o sea, estoy en la gloria [...] ¡no manches! me salía a explorar el mundo. (JESÚS, 2024, información verbal)

La vida pública, esencialmente los espacios para *lo público* seguían siendo vitales para los sujetos durante la pandemia. Pues después del miedo y la incertidumbre, la mayoría de las y los informantes asegura haber experimentado desesperación por salir de casa. En su mayoría, extrañaban espacios abiertos y naturales, particularmente playas, pero también cerros y parques, así como lugares cerrados



para el ocio. Como Elena, quien recuerda que cuando reabrieron los cines, fue uno de los primeros lugares a los que asistió, pese a que asegura no haberlos echado de menos durante la contingencia como sí lo hizo con los gimnasios y los bares; sin embargo, confiesa que nunca pensó en desaprovechar la oportunidad de salir y ver una película en cualquier momento, comprando boletos de forma anticipada. Pero para otros, empero, el cine sí fue el primer lugar de añoranza.

[Me desesperaba] no poder salir, no poder seguir haciendo mis actividades cotidianas. Aparte que los cines estaban cerrados. Porque cuando empezaron a abrir los cines en otros estados, y nada más aquí y en Puebla no los abrían, entonces era como de que, 'pues qué onda'. Eso era lo que me desesperaba y me hacía renegar. [Lo que más extrañaba] era el cine, lo top, yo creo que sí. (NOEL, 2024, información verbal)

Si bien la sala de cine no fue el único lugar a donde las personas deseaban ir durante la emergencia, sí fue uno de los más concurridos por los participantes. Ellos, pese al riesgo por proximidad física que implicaba asistir a una sala de cine, sobre todo las más estrechas (como Nayarlab), la percibían como un espacio seguro ante el virus.

No fíjate que no. No, no se me venía a la mente ese temor de 'ah, voy a tener COVID-19 porque acudí a una sala que estaba completamente cerrada'. No, no. (OSVALDO, 2024, información verbal)

[...] no, o sea, sí pensaba eso, pero no era '¡ay! aquí me voy a contagiar' o 'ya no voy a venir porque me contagié'. No [...] no había como algo específico para decir ¡ah, sí! ahí lo voy a agarrar. (ELENA, 2024, información verbal)

Nunca lo sentí como un miedo o como que fuera... no, nunca fue como un motivo para que yo tomara en cuenta para venir o no venir, o sea, pues sí, estás consciente de que puede pasar en cualquier lugar, pero para mí, venir aquí [...] era como un respiro entre tanta tragedia y tanta negatividad en que estaba instalado todo mundo, en lo malo y en lo peor, o sea, para mí era mejor venir a tener este distractor. (SARAÍ, 2024, información verbal)

Incluso en múltiples ocasiones, y por diversos motivos, la pequeña sala del cine fue equiparada con la tranquilidad de una casa.

Aquí [en Nayarlab] me siento en casa. Me siento en casa, pero no es sólo porque presentan películas de arte y ese rollo, es la energía [...] me siento afín, ¿entiendes? (JESÚS, 2024, información verbal)

Yo sentía que era como estar en mi casa. Me encantó toda la experiencia [...] Me gusta mucho este concepto de que sea chiquito, porque me siento como, ¿cómo se dice? me siento como cobijada, como muy confortable, como muy, como muy libre, en confianza, como si estuviera muy cercana o si estuviera en casa. Pues es un lugar para mí, para conectarme conmigo, para conocer, para disfrutar el cine. (SARAÍ, 2024, información verbal)

En la pandemia [venir al cine] era una fuente de distracción para mí que causaba felicidad, por eso yo acudí ahí. [También iba] al rancho, a Ruíz, y al mar [...] (OSVALDO, 2024, información verbal)

APEGO A LOS OBJETOS

Uno de los objetos más mencionados fueron los libros. Aunque la mayoría mostraba apego a la lectura antes de la pandemia, declaran con cierto pesar que durante este periodo dejaron de leer; aun así, los conservan en sus libreros con la promesa de un día volver a ellos y al hábito. A esto se suman otro tipo de objetos como una bicicleta:

También eso me quitó la pandemia, la lectura. Todavía no hallo qué [pasó]. Porque empecé a ver muchas películas de terror. Yo no veía películas de terror. Y en la pandemia empecé a ver muchas películas de terror. Todavía no se me quitan esas ganas, pues. Pero yo [...] me quería explicar qué era, porque me faltaba emoción en mi vida. Y la metí a través de ese tipo de películas. O sea, la adrenalina que me daba andar en bicicleta, pues ya no la tenía. Entonces la conseguía, según yo, a través de las películas. (KARINA, 2024, información verbal)

Regresar al cine es seguir en contacto con objetos que nos significan y nos definen. Para el caso del cine, las butacas estarían en ese supuesto:

A mí siempre me han cautivado mucho las casas viejas, como toda esta onda del centro, los lugares antiguos. Este... no sé si lo leí en alguna reseña de Facebook o algo, que las butacas eran recicladas de los cinemas de Los Ríos (sic). Entonces, como que todas esas cosas dije, 'iguau, ¡qué bonito! [...] Yo llegué a ir de niña a ese cine, al cinema de Los Ríos (sic), que tenía varias salas [...] todo eso se me ha hecho como con mucha magia. (SARAÍ, 2024, información verbal)

Me gusta sentarme ahí. [Cuando está ocupado] pues escojo otro lugar, pero no me siento tan chido. Es como cuando tengo un pupitre en la escuela y me toca otro, y a lo mejor está más bonito, pero pues [...] De hecho los seres humanos somos seres de costumbres ¡Vaya! [...] (JESÚS, 2024, información verbal)

Como cuando me siento en la butaca, y más aún cuando la sala está sola; no sé, como que me emociono de más, hasta me sobo los brazos así -frota sus brazos- porque es como de que un momento, como ya te mencioné, es un escape, puede que terminándose la película se convierta en un sentimiento y un tema [de conversación]. (NOEL, 2024, información verbal)

APEGO A LAS RUTINAS

La mayoría recuerda durante el confinamiento haber volcado casi todas sus rutinas al espacio privado, aunque también hubo quien lo hizo en el espacio público; en ambos casos implicó retos, así como nuevas experiencias, las cuales no siempre resultaban satisfactorias. Los cambios rutinarios en el grupo



son tonales, sin embargo, mostraban dos actitudes opuestas: por un lado, era “estar ocupada”, y por otro “sentirse libre”.

“Ahí me metí como locutora [...] yo nunca trabajé en la cabina [...] todo fue por Zoom [...] y así transmitíamos [...] empecé a tomar cursos también de poesía en línea [...] tomé varios cursos, o sea, estaba súper ocupadísima, pero en la casa. Yo metida en la casa. En la mañana entraba el programa y, a media mañana me ponía con lo de la escritura y, ya en la tarde, hacer las notas. [En ese entonces] cocinaba mucho. Empezaba a cocinar mucho, a hornear mucho. Como soy vegana, pues tenía que hacer cosas para mí [...] que ya no podía comprar afuera. [Y ya en la noche también] trabajar con lo de las notas o ver películas [...] tengo un cañón, un proyector [pero] trataba de dormirme temprano, porque como madrugaba, entonces trataba de dormir temprano.” (KARINA, 2024, información verbal)

“[...] por ejemplo, estaba prohibido en una época salir a la calle y el rollo, y yo me sentaba en las bancas en la calle a comer ahí [...] Yo lo que recuerdo es mucha felicidad, porque mis tiempos de trabajo, te comento, se redujeron [...] y luego, a veces yo no trabajaba en mi casa, me llevaba la laptop y estaba en la playa ahí trabajando [...] tuve que burlar seguridad, tuve que echar mentiras, tuve que... un montón de cosas. Recuerdo llevar hasta chelas de contrabando porque estaba prohibido y en los retenes te revisaban. Entonces, cuando tú eludes eso en un contexto de prohibiciones eres libre en el contexto que sea; te sientes feliz, te sientes pleno. O sea, yo nunca estuve confinado [...] mi rollo era ‘soy libre’.” (JESÚS, 2024, información verbal)

Algunos, como los casos anteriores, encontraron oportunidades en sustituir sus rutinas con el fin de encontrar certezas, aunque fuera por un periodo corto; pero para otros, la pandemia impactó de forma decisiva en sus proyectos de vida.

[...] pues fue un dejar atrás los proyectos que había de regresar a Canadá, y en el momento fue no saber qué iba a pasar, y también estar en el confort del respaldo de mis padres [...] Estaba deprimido y no quería, no tenía tampoco mucha voluntad. En parte sí, pero en parte estaba como en un punto cómodamente entumecido [...] Pues había días que, que estaba más irritable en la casa, pero sí, o sea, sí había cosas que extrañaba, como salir con amigos, o ir a las playas, estaban cerradas, no se podía surfear; y sí, tenía ahí otras actividades, estaba haciendo como un tipo de Taichí [...] Pero ahorita me dedico a hacer tamales de camarón; fue producto de la pandemia, definitivamente. (FERNANDO, 2024, información verbal)

En ese momento estaba en la preparatoria y pues comenzaron las clases en línea y como muchos de mis compañeros, como la mayoría yo creo de los estudiantes en ese momento, no estábamos tan atentos a las clases, aparte yo no podía ver a mis amigos, no podía socializar tanto, pues comencé a buscar escapes [...] ahí decidí estudiar Cine porque yo iba para Derecho. (NOEL, 2024, información verbal)

La rutina de *ir al cine* en tiempos de crisis compensó viejos apegos y reforzó nuevos vínculos. Por ejemplo, Fernando, aunque lo que más extrañaba era ir a la playa y surfear, no lo hizo durante ese año, ni el siguiente; pero sí asistió al cine en repetidas ocasiones como una forma de compensar el salir de casa haciendo otra cosa que también disfrutaba. Por su parte Elena, lo que más deseaba era ir a practicar *pole*



dance, aun así, fue la segunda persona que más asistió a Nayarlab durante el 2020. Ambos, en esa temporada, asistieron periódicamente solos, pero también lo hicieron con familiares y con sus recién adquiridas parejas.

Cuando ya abrieron, y que estaban las medidas [...] Sí recuerdo, era como cuando tienes mucha hambre y después tienes una comida muy rica. Sabía muy bueno [...] Mi hermana, mi primo y mi mamá; ya tenemos esa relación de cine, o sea que yo les propongo ver alguna peli, y ya es algo, este, ya es un camino trazado; entonces les dije, y a todos les pareció buena idea, y sí, sí, recuerdo [...] estábamos en plena [pandemia] y vinimos" (FERNANDO, 2024, información verbal)

Cuando recién ligamos nosotros [mi novio y yo] empezamos como a salir o a vernos empezó la pandemia, entonces ya no nos vimos, era más como por mensaje, pero cuando llegamos a salir sí fue: 'vamos al cine' [...] pero llegué a venir sola y con una tía también. (ELENA, 2024, información verbal)

Durante el encierro, asimismo, se generaron nuevas rutinas, y el ir al cine fue una de ellas. Como Celeste, quien asegura haber comenzado a asistir con mayor regularidad durante el 2020; teniendo muy presente la última función a la que fue ese año, pues fue un 23 de diciembre, y se recuerda sola en la sala.

Creo que, si alguna persona llegó a venir a Nayarlab durante pandemia, yo creo que estaba pasando probablemente por una crisis existencial. O sea, aunque no se diera cuenta, aunque no fuera consciente, pero de alguna forma, yo considero que, fue como que una pieza fundamental como para decir, 'güey, quiero que mi vida sea distinta', o sabes qué, 'me di cuenta de estos patrones' o 'me estoy dando cuenta de todas estas cosas que están mal y quiero cambiarlas' [...] Yo creo que la verdad, que sí, Nayarlab, sería como ese espacio oscurito de las personas donde dicen, 'aquí soy yo y nada más soy yo, y me puedo descubrir'. (CELESTE, 2024, información verbal)

DISCUSIONES Y CONCLUSIONES. ENTRE LA RAZÓN Y LA EMOCIÓN

Los diferentes tipos de apego auxilian a mitigar un periodo de contingencia como el suscitado por COVID-19. La pandemia representó un quebranto de lo cotidiano, desestabilizando lo emocional y ocasionando que de forma tanto individual como colectiva, las personas exacerbaran sus apegos como un mecanismo de defensa, buscando así el equilibrio ante el colapso. Los cuatro tipos de apego se manifestaron esenciales para sobrevivir a la pandemia, en donde la escala inmediata o familiar, y la de proximidad, se combinaron para brindar certezas y estabilidad socioemocional; o sea, gracias a ellos aumentó, al menos emocionalmente, su posibilidad de sobrevivencia.

Las condiciones extraordinarias propiciaron actos no ordinarios en donde la razón y la emoción disputaron su primacía. Las personas coinciden en dos situaciones. Una, la de haber realizado actividades únicas e impensables en condiciones ordinarias; no las hubieran hecho, dicen, si no fuera por el contexto de crisis y encierro. La otra tiene que ver con el aprecio a su círculo más cercano, el familiar; en el principio



de la cuarentena, este se reforzó y se volvió más estrecho, el obligado tiempo libre lo aprovechaban para estar en contacto sí consigo mismos, pero igualmente entre sí, independientemente de si compartían el mismo techo. Estas acciones, ahora se cavila, tenían la finalidad de sentirse cercanos, de valorar sus lazos afectivos como una forma de protegerse y de responder ante un contexto que ponía en juego su estabilidad, de no sentirse solos, de cuidarse mutuamente, ya sea desde su círculo familiar más cercano, ya sea desde colectivos o redes de apoyo; así, lo que para la razón representaban un peligro, el contacto físico y la proximidad, emocionalmente representó sobrevivencia.

Esa misma sensación se vivió en los espacios para *lo público*. Pese a estar prohibidos, serían percibidos como lugares seguros y vitales durante la pandemia. Y es que, al ser también lugares emocionales, se convierten en escenarios y canales conductores de los cuatro tipos de apego. Para el caso de las salas cinematográficas no fue distinto. El apego forjado desde la infancia, asociado a la figura materna o paterna, es emblemática; a su vez, su realidad mágica, la cual permite escapar o aislarse momentáneamente, viviendo historias e imágenes en movimiento que emergen en la oscuridad, causando sensaciones de felicidad y bienestar, como las de un hogar o un refugio. Ello sin contar, que son lugares de identificaciones múltiples, de encuentro con iguales y comunes, donde, aun sin conocerse, fundan comunidad.

Los objetos jugaron del mismo modo un papel importante. La prohibición del contacto físico haría que ciertos aparatos electrónicos, principalmente dispositivos móviles como celulares, laptops y tabletas, se volvieran indispensables para seguir habitando y perteneciendo a un mundo social alterno y sustituto marcando con mayor fuerza la era digital. Pero no fueron los únicos. Otros objetos materiales, aún sin utilizarlos, se convirtieron en reguladores emocionales; con solo poseerlos, como los libros o una bicicleta, daban una seguridad emocional, de que “algo” sí estaba correcto, de que aún se definían, que pertenecían a su estructura social previa a la disrupción.

Ya sea adaptándolas, sustituyéndolas o exacerbándolas, la pandemia verificó la importancia de las rutinas. Se inventan o se ejercen como una certeza, de que todo está bien, que todo sigue igual. En algunos casos, los cambios sucedieron de manera transitoria y, en otros, de forma prolongada. Pero nadie escapó del fenómeno de adaptar y/o asumir nuevas actividades desde el patrón de la repetición y la proximidad, sobre todo, a partir de viejos y nuevos apegos cotidianos. Las clases en línea, las medidas migratorias, la economía y todo lo que englobaba la “nueva normalidad”, fue determinante para generar reacciones adaptativas y rutinarias. Entonces, construir nuevos vínculos a través de la repetición durante la crisis, como también arraigar las ya existentes, fue para algunos un alivio, pero para otros un acto de resignación y de reasignación; pensarlo como una larga e indefinida vacación, fue compensatorio y emocionalmente común.



Estas compensaciones individuales, forjadas en las cuatro *bases seguras*, se localizó en personas que optaron por permanecer en casa durante la cuarentena por emergencia. Para algunas personas, sin embargo, representó un peligro hacerlo. Para ellas en especial, desapegarse de los vínculos con los espacios para *lo público* por un lapso prolongado, sin una medida compensatoria, basada en la repetición y proximidad (humana y física), acrecentó su riesgo y sensación de inseguridad y peligro tanto físico como emocional. En ese sentido, si bien no fue la única medida compensatoria, por su inmediatez, y por su clandestinidad, es decir, la posibilidad de escaparse de la vigilancia, *ir al cine* se convertiría en un disipador del miedo, de una parte vital de la capacidad de respuesta para regular, compensar y atender una emergencia sanitaria que, no se olvide, si bien el peligro fue colectivo, la respuesta ante todo fue un desafío personal.

Por eso mismo, tampoco debe olvidarse, que el aislamiento social puede ser tan peligroso como lo que pretende proteger. A quien se sometió a un confinamiento riguroso, y acató todas las medidas y las reglas de cuarentena, la soledad y la ruptura con lo cotidiano, o sea, el desapego forzado de personas, lugares, objetos y rutinas, le revelaría cuatro situaciones. 1) que obviar u omitir apegos enferma; 2) Que ningún apego se presenta aislado de los otros; 3) que ni nuevas rutinas, ni contar con espacios íntimos o virtuales, ni tener cubiertas las necesidades fisiológicas, son suficientes para sobrevivir a una emergencia, es decir, 4) que ante una crisis, todo apego se hace vital.

Por tal razón, nunca tendrá mayor vigencia y sentido lo que Karina (2024) expresa al respecto,

Todas esas actividades que hacía antes de la pandemia, las dejé hacer. Y no me di cuenta de que me hacían tanta falta hasta que ya troné. Me dio un ataque de ansiedad y tuvieron que atenderme psicológicamente y psiquiátricamente. Me angustié mucho porque mi mamá se enfermó. No sabía cómo atenderla. Sentía que me estaba sobrepasando todo. Aunque no era nada grave, pero sentí que me sobrepasó. Llegué a tal punto de no poder caminar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AINSWORTH, Mary.; BELL, Silvia. Attachment, Exploration, and Separation: Illustrated by the Behavior of One-Year-Olds in a Strange. **Child Development**, 41 (1), 49-67. 1970
<https://www.jstor.org/stable/1127388?origin=crossref>

ALFARO, Francisco.; OCHOA, Alejandro. **Espacios distantes...aún vivos**. Las salas cinematográficas de la ciudad de México. Ciudad de México: UAM-Xochimilco, 2020.

BARTRA, Armando. **Exceso de muerte**. De la peste de Atenas a la covid-19. Ciudad de México: Fondo de Cultura, Económica, 2022.

BOWLBY, John. **Una base segura**. Aplicaciones clínicas de una Teoría del Apego. Buenos Aires: Paidós, 2009.



CAMPO DEL, Alberto. Presentación. La maza, el foco y el sueño. Lo que aprendemos del impacto del Coronavirus en nuestras vidas, en Campo del, Alberto (Ed.), **La vida cotidiana en tiempos de la COVID**, Madrid: Catarata, pp. 5-31, 2021.

DE CERTEAU, Michel. **La invención de lo cotidiano**. I. Artes de hacer, Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2000.

DE LOS REYES, Aurelio. **Miradas al cine mexicano**. Vol. 1. Ciudad de México: Secretaría de Cultura, 2016.

DELGADO, Grizel. El infierno (no) son los otros. Breve e incompleta crónica desde Berlín en días de Coronavirus, en **COVID-19**. Narrativa mexicana joven sobre, desde y contra la pandemia, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, pp. 20-26, 2021.

DÍAZ, Socorro. **La Pandemia en una crónica**. Ciudad de México: Siglo XXI, 2021.

ESPINOSA, Alejandro. Madrid-Wuhan, en **COVID-19**. Narrativa mexicana joven sobre, desde y contra la pandemia, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, pp. 15-19, 2021.

FEIERSTEIN, Daniel. **Pandemia**. Un balance social y político de la crisis del COVID-19. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2021.

FLORES, Carlos.; NAVARRETE, Luis. La memoria de la ciudad. La contingente cotidianidad de lo público, en **Urbe y acción. Desafíos del espacio público metropolitano contemporáneo**, Toluca: Río Subterráneo, 2021.

GUIDDENS, Anthony. **La constitución de la sociedad**. Bases para la teoría de la estructuración, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2011

HARLOW, Harry. The nature of love. **American Psychologist**, 13(12), 673–685. 1958.
<https://es.scribd.com/document/505139030/1958-The-Nature-of-Love-Harlow>

HELLER, Agnes. **Sociología de la vida cotidiana**. Barcelona: Península, 1987.

HIDALGO, María. Estilos de apego al lugar. **Medio Ambiente y Comportamiento Humano**, 1 (1), 7-49. 2000. https://www.researchgate.net/publication/28124273_Estilos_de_apego_al_lugar
HUESCA, Ana. El sentimiento de inseguridad ante la amenaza de la Covid-19, en Campo del, Alberto (Ed.), **La vida cotidiana en tiempos de la COVID**, Madrid: Catarata, pp. 171-185, 2021.

JOHNSON, Steven. **El Mapa Fantasma**. La epidemia que cambió la ciencia, las ciudades y el mundo moderno. Madrid: Capitán Swing, 2020.

JUAN, Salvador. Un enfoque socio-antropológico sobre la vida cotidiana: automatismos, rutinas y elecciones. En **Espacio Abierto**, 17 (3), 431-454. 2008.
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12217304>

LÓPEZ, Pedro. **Mosaico de la ciudad de Tepic**. Tepic: Centro Regional Tepic, Bancomer, 1979.

MASLOW, Abraham. A Theory of Human Motivation. **Psychological Review**, 50 (4), 370-396. 1943.
https://www.academia.edu/9415670/A_Theory_of_Human_Motivation_Abraham_H_Maslow_Psychological_Review_Vol_50_No_4_July_1943



MASSEY, Doreen. Un sentido global de lugar, en Abel Albet y Núria Benach (comp.), **Doreen Massey. Un sentido global de lugar**, pp. 112-129. Barcelona: Icaria, 2001.

MEDINA, Paola. *Apuntes de historia de la industria cinematográfica en la ciudad de Tepic, Nayarit, en el siglo XX*. Tesis de licenciatura sin publicar. Universidad Autónoma de Nayarit. 2018.

MÉNDEZ, Alberto. El virus de la incertidumbre, en **Covid-19**. Narrativa mexicana joven sobre, desde y contra la pandemia, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, p-p. 116-126, 2021.

ORTEGA Y GASSET, José. **El hombre y la gente**, ePubYou, 2016. Disponible en:

<https://es.everand.com/book/318065677/El-hombre-y-la-gente>

PÁEZ, Omar. El dilema del contacto físico en la pandemia. Necesidad de supervivencia y peligro, en VV.AA. **Reflexiones sobre COVID-19. vol. 1**, Ensayos Ganadores. Concurso Ensayo: La ciudad y la pandemia. Ciudad de México: UNAM, pp. 39-58, 2021.

PERSANO, Humberto. La teoría del apego, **El mundo de la Salud Mental en la Práctica Clínica**, Akadia, pp. 157-177, 2018. https://www.researchgate.net/publication/338825868_La_Teoría_del_Apego

RAPOPORT, Amos. **Cultura, arquitectura y diseño**. Barcelona: Ediciones UPC, 2003.

RODRIGUEZ, Lucía. *Análisis de las condicionantes psicológicos y sociales del apego emocional a los objetos* [Tesis de grado no publicada] Universidad de Valladolid, 2020.

<https://uvadoc.uva.es/handle/10324/43805>

ROSAS, Ana. **Ir al cine: antropología de los públicos, la ciudad y las pantallas**. Ciudad de México: Gedisa, UAM, 2017.

SALAS, Hernán.; PÉREZ, Ana. Introducción; Condiciones y secuelas de la pandemia en espacios rurales, en Salas, Hernán y Ana, Pérez (Coord.) **Afectaciones de la pandemia a las poblaciones rurales en México**, Tomo 3, Ciudad de México: UNAM, pp. 23-39, 2023.

SLAIKEU, Karl. **Intervención en crisis**. Manual para práctica e investigación. Distrito Federal: Manual Moderno, 2000.

SPITZ, René. Psychogenic Disease in Infancy [Vídeo]. New York: New York University Film Library. 1952. <https://archive.org/details/PsychogenicD>

THOMAS, Louis-Vincent. **Antropología de la muerte**. Ciudad de México: FCE, 2015.

VIDAL, Tomeu.; POL, Enric. La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares. En **Anuario de Psicología**, 3 (36), 81-297. 2005.

<https://diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/99095/1/545803.pdf>

WALDMAN, Gilda. Afectividades, en Flores, Julia y Guadalupe, Valencia (Coord.) **Los imaginarios de la pandemia**, Tomo 6. Ciudad de México: UNAM, pp. 131-161, 2023.

WILLARS, Francisco. El efecto murciélago y la crónica de una hecatombe, en Rea, Carlos (Coord.) **Nayarit ante el COVID-19: Crisis y respuestas sociales**, Ciudad de México: UAN, 2020.

WINNICOTT, D. Objetos transicionales y fenómenos transicionales, en **Realidad y juego**, Barcelona: Gedisa, pp. 17-45, 2003.



Rev. Dir. Cid., Rio de Janeiro, Vol. 16, N.01., 2024, p. 317-343.

Lisset Anahí Jiménez Estudillo e Carlos Enrique Flores-Rodríguez

DOI: 10.12957/rdc.2024.84859 | ISSN 2317-7721

YUSTE, Nazario.; GONZÁLEZ, Ignacio. Los objetos personales favoritos en la adultez y senectud. Una aproximación empírica. **Anales de Psicología/Annals of Psychology**, 14 (2), 177-192. 1998.
<https://revistas.um.es/analesps/article/view/31451>

ENTREVISTAS

CELESTE. Testimonio [Entrevista cedida a] Anahí Jiménez. Entrevista Semiestructurada. Concedida para la pesquisa Ciudad, crisis, y apegos. Tepic, 2024.

ELENA. Testimonio [Entrevista cedida a] Anahí Jiménez. Entrevista Semiestructurada. Concedida para la pesquisa Ciudad, crisis, y apegos. Tepic, 2024.

FERNANDO. Testimonio [Entrevista cedida a] Anahí Jiménez. Entrevista Semiestructurada. Concedida para la pesquisa Ciudad, crisis, y apegos. Tepic, 2024.

JESÚS. Testimonio [Entrevista cedida a] Anahí Jiménez. Entrevista Semiestructurada. Concedida para la pesquisa Ciudad, crisis, y apegos. Tepic, 2024.

KARINA. Testimonio [Entrevista cedida a] Anahí Jiménez. Entrevista Semiestructurada. Concedida para la pesquisa Ciudad, crisis, y apegos. Tepic, 2024.

NOEL. Testimonio [Entrevista cedida a] Anahí Jiménez. Entrevista Semiestructurada. Concedida para la pesquisa Ciudad, crisis, y apegos. Tepic, 2024.

OSVALDO. Testimonio [Entrevista cedida a] Anahí Jiménez. Entrevista Semiestructurada. Concedida para la pesquisa Ciudad, crisis, y apegos. Tepic, 2024.

SARAÍ. Testimonio [Entrevista cedida a] Anahí Jiménez. Entrevista Semiestructurada. Concedida para la pesquisa Ciudad, crisis, y apegos. Tepic, 2024.



Sobre os autores:**Lisset Anahí Jiménez Estudillo**

Antropóloga Social por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM-I), programadora y exhibidora de cine en Nayarlab. Cuenta con una especialidad en Gestión Cultural y Políticas Públicas (UAM) y un diplomado en Antropología del arte (CIESAS). Actualmente cursa la Maestría en Ciencias para el Desarrollo Sustentabilidad y Turismo de la Universidad Autónoma de Nayarit.

Universidad Autónoma de Nayarit

ORCID: <https://orcid.org/0009-0003-2180-0605>

E-mail: 21000445@uan.edu.mx

Carlos Enrique Flores-Rodríguez

Arquitecto con estudios de Maestría en Ciencias de la Arquitectura por la Universidad de Guadalajara. Es Doctor en Periferias Sostenibilidad y Vitalidad Urbana por la ETSAM de la UPM. Ha sido becario por el Conahcyt y el FONCA. Es Profesor con Perfil PRODEP, y miembro del SNII-Conahcyt, Nivel 2. Está adscrito a la Unidad Académica de Artes de la Universidad Autónoma de Nayarit (UAN), y ha formado parte del Claustro del Doctorado en Ciencias Sociales y de la Maestría en Ciencias para el Desarrollo Sustentable y Turismo, ambos de la UAN.

Universidad Autónoma de Nayarit

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0456-5378>

E-mail: carlos.flores@uan.edu.mx

Os autores contribuíram igualmente para a redação do artigo.

